

RAFAEL

El oleaje batía perezosamente contra las piedras del malecón. Parecía como si todo además del color, hubiera perdido la energía. La luz grisácea apenas se reflejaba en el mar. Y los viejos edificios poco tenían que añadir. Colores mostazas, verdes desteñidos, amarillos manchados por el paso del tiempo. No era de extrañar que Rafael paseara lentamente sumido en sus pensamientos. Parecía que el tiempo se había detenido. El rumor del mar se acallaba y ni siquiera el insolente contrapunto de las gaviotas parecía poder levantar esa sensación de laxitud y depresión que embargaba todo y a todos. Sus pasos eran perezosos, llevándole a lo largo del paseo, pero sin un destino fijo. Sus cavilaciones discurrían de igual manera, sin una meta de llegada. Se limitaba a existir, subsistir. Hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie. Se sentía sólo y a la vez extrañamente acompañado. A veces oía ecos fantasmales o presencias que le rodeaban pero no se asustaba. Se sentía extrañamente reconfortado y a la vez un poco asustado. Aunque no porque le pudieran hacer daño, sino simplemente por lo que eran. A veces le parecía ver destellos de color por el rabillo del ojo, pero cuando se volvía no había nada. Sólo los edificios que le contemplaban, no siempre imperturbables.

Suspiró por enésima vez y le embargó la tristeza. Sentía que había perdido algo, pero cuanto más tiempo pasaba, menos seguro era de que se trataba. Lo primero que acudía a su mente cuando recordaba era que estaba quieto mirando el mar y un barco se iba lentamente desvaneciendo. Aunque algunas veces, pensaba que el barco se había convertido en niebla, volviéndose progresivamente menos sustancia, hasta desaparecer. Al igual que una sonrisa o una lágrima se van volviendo recuerdo y finalmente desaparecen en el río del tiempo. Engullidos por el paso de los días.

Desde entonces había paseado, contemplado amaneceres sangrientos, destellos de pasión de amantes perdidos, anocheceres interminables que siempre acababan o largos momentos en los que sin sol ni luna, confundía el cielo y el mar.

No llevaba el paso del tiempo, no sentía la presión de los días que pasaban, ni sentía el deseo irrefrenable de saber donde estaba, ni quien era. Le bastaba con deslizarse lánguidamente por el malecón. Con los sueños susurrados, con los anhelos esbozados a su alrededor. Y cada día se acercaba más a ellos. Se sentía más parte del entorno. Las nubes grises se movían en el cielo, como espejo del tranquilo mar que besaba las costas.

Y él se sentía como una nube, que se deslizaba entre las demás. Cada vez más indiferente a lo que le rodeaba.

Hasta que un susurro le llegó claro, evocada por la voz de una muchacha. Le rodeó como un perfume. No le dejó. Se adhirió a su piel, a su mente. Un nombre: Elena. Entonces le vino a la mente la imagen de una chiquilla. Toda trenzas y rodillas magulladas, que miraba desde la ventana de una escuela, como un joven trabajaba en una carpintería. Viendo su figura relucir por el sudor que le bañaba. Y sus manos, grandes y tostadas, modelando la madera. Haciéndola adoptar las formas que nacían de su imaginación.

Un deseo persistido en el tiempo, un deseo de morir cuando él no la saludaba en todo el día. Una alegría irrefrenable cuando parecía que la miraba más que de costumbre. Una vuelta por el pueblo con la esperanza de encontrárselo, un sábado o un domingo. Los días pasando, el invierno que sigue al otoño, y después la primavera. Y mientras tanto, ese deseo nacido de una pasión de juventud, que por ser de un alma joven no era menos anhelante o desgarrador. Quizá más puro, al no estar confinado por los bordes duros y afilados que el tiempo esculpe en nuestros corazones. Aleteaba con esperanza y pasión como sólo la inocencia imprime en nuestras acciones y emociones.

Pero el tiempo pasa y ese sueño engendrado por la juventud y el amor fue diluyéndose, Su discurrir más lánguido y perezoso. El batir del corazón antes como un tambor quedaba reducido ahora a los ecos de unos pasos que se alejan. Hasta que un día fue olvidado. Perdido en un amanecer, en el transcurrir de un aleteo de un ángel.

Rafael se llamaba el carpintero. Y Rafael era él. El sueño perdido del amor de una niña. Que se ajó y desapareció.

Y aquí en este malecón acariciado por el mar. Donde estos edificios de colores mostazas, verdes desteñidos, amarillos manchados por el paso del tiempo, poco añadían a la gris luz que se reflejaba en el mar. Aquí era donde los sueños perdidos iban a morir.

Autor: Gabriel